

MISCELANEA

LARUS, EL CANTABRO, GUERRERO ARIO

Ahora que es moda volver a los orígenes (y la moda es guía de la Sociedad como enseña G. Tarde) vamos a evocar el nombre y la figura de un antiguo paisano, Larus, el Cántabro, terror de romanos, guerrero indoeuropeo. ¿Mas qué sabemos de él? Sabemos de su mortífera destreza en el manejo del hacha bipenne, arma favorita de los membrudos guerreros cántabros y un dato más para catalogarlos entre los pueblos indoeuropeos, más amantes del combate cuerpo a cuerpo que de la lucha a distancia¹. Conocemos su nombre por Silio Itálico, *Larus* parece céltico pues reaparece en el propio Silio como apelativo de un Galo y existe también en la céltica Britania. Puede estar en relación con el antiguo irlandés *Lar*, significando ancho, plano². *Larius* se llamó el lago de Como (¿ancho?) y *Larius* está identificado como nombre propio en Germania inferior³. Hay un *Larocua* en Portugal y. aventuramos nosotros, un *Laredo* cántabro, quizá *Lar-edo*, sitio ancho, ¿por alusión a la anchísima playa? El *Lara* burgalés, en territorio céltico, parece estar en relación con nuestro antropónimo, y lo mismo *Laroni* en la antigua Lusitania. Sobre su filiación indoeuropea no pueden haber dudas, de sus hazañas homéricas nos hablará, en retumbantes hexámetros, Silius Italicus, hombre influyente en Roma y cónsul

¹ Recuérdese la poética distinción de Hegel, en sus *Vorlesungen*, entre la tendencia de los pueblos orientales a herir de lejos, sin arriesgar en el choque, con el arco y la flecha, y la de los occidentales, personificados desde Homero, a pelear con la mano y la espada. Sobre la superioridad de Achilleus contra los troyanos en el combate próximo y las razones de la misma véanse las primeras páginas del clásico trabajo de HANS DELBRÜCK, *Geschichte der Kriegskunst...*, 1920. Es de anotar que la bipenne —“el jachu”— puede verse, aún hoy, en las paredes de muchos caseríos cántabros, si no de todos.

² Piénsese en el apodo de Aristoclés, Plátos, por sus anchas espaldas, tal vez el nombre *Larus* aluda a esta misma peculiaridad.

³ Sobre el nombre *Larus* vid. L. ALBERTOS FIRMIAT: *La onomástica primitiva de Hispania*, Salamanca, 1966, pág. 128.

el año 68, en su epopeya, compuesta bajo Domiciano, donde canta las gestas de la segunda guerra púnica basándose en textos de Livio. Gracias a Silio Itálico escuchamos los hechos de armas de nuestro lejano paisano, *Larus*, mercenario con los cartagineses enfrentados a los romanos a los que nuestro héroe acomete, el frente de una turba de adolescentes cátabros, con el "fúror nórdicus" que canta el poeta: (XVI-46)

Cantaber ingenti membrorum mole timeri	46
vel nudus telis poterat <i>Larus</i> , hic fera gentis	
more securigera miscebat proelia dextra.	
et, quamquam fundi se circum pulsa videret	
agmina, deleta gentilis pube catervae,	50
caesorum implebat solus loca; seu foret hostis	
comminus, expleri gaudebat vulnere frontis	
adversae; seu laeva acies in bella vocaret,	
obliquo telum reflexum Marte rotabat.	
at, cum pone ferox aversi in terga veniret	55
victor, nil trepidans retro iactare bipennem	
callebat, nulla belli non parte timendus.	
huic ducis invicti germanus turbine vasto	
Scipio contorquens hastam, cudone comantes	
disiecit crines; namque altius acta cucurrit	60
cuspis, et elata procul est eiecta securi,	
at iuvenis, cui telum ingens accesserat ira,	
barbaricam assiliens magno clamore bipennem	
incutit. intremuere acies, sonuitque per auras	
pondere belligero pulsati tegminis umbo.	65
haud impune quidem; remeans nam dextera ab ictu	
decisa est gladio ac dilecto immortua telo.	

"Había un Cántabro llamado Laro, que, incluso desarmado, era capaz de atemorizar al enemigo debido a su colosal tamaño Este, según la costumbre salvaje de su (salvaje, no menos) pueblo, solía mezclarse en la pelea con una segur en su diestra. Aunque veía a su alrededor al ejército (cartaginés, sc.) atacado y dispersado, aniquilado ya incluso el grupo de sus adolescentes compatriotas cántabros, él solo iba ocupando el puesto de los que caían. Si surgía la lucha cuerpo a cuerpo con júbilo cubría de heridas las frentes enemigas. Si se ofrecía la pelea en el ala izquierda de las filas volvía el arma hacia atrás y la agitaba en círculo, golpeando de lado. Mas cuando el enemigo vencedor venía con furia a sus es-

paldas, él, sin el menor temor, esgrimía con gran pericia hacia atrás ei hacha de dos filos, él, temible guerrero en cualquier zona del combate. Pero Escipión, hermano del invencible general, lanzándole un venablo con fuerte impulso, le arrancó del casco un mechón de crines, pues la punta del arma voló demasiado alto y con el hacha levantada la desvió lejos. Sin embargo, el joven, a quien una cólera desmedida aún más aumentó su furor guerrero, saltando con grandes gritos blandió la bárbara hacha de dos filos; se estremecieron las filas de guerreros, atronó los aires el ruido del escudo (de Escipión) golpeado en el centro por la pesada arma. Mas le costó caro (al cántabro), pues su mano derecha, al tornar después del golpe, fue cortada por la espada (del romano) y cayó muerta unida a su arma favorita."

Magnífico drama; la cautela del romano, cobijado tras su escudo, contra el franco furor del bárbaro. La fuerza y el generoso valor desatados del cántabro que combate al descubierto frente a la estudiada técnica del romano que esgrime a la contra. Toda una lección de la palpable dialéctica de la Historia que favorece el despliegue de la razón en su transcurso. La fría razón, encarnada en el romano, domando al barbárico furor. Furor viril, eterno, del héroe homérico-indoeuropeo, tal y como es Laro en el Poema, solo vencido, finalmente, por su propio amor a la guerra, como Achilles o los Infantes de —significativa homonimia— Lara. Derrotado su bando, Laro, no busca su vida en la huida. Como auténtico hombre de armas se arroja entre las filas enemigas —como hará Catilina el romano— resuelto a no sobrevivir a la jornada, produciendo antes el mayor estrago que se pueda. Como resumen de la escena, el valor romano domando al furor barbárico mediante la fría razón, tal y como Maquiavelo pretendía. No otra cosa realizarán los espáñoles renacentistas, mas, desde luego, esto es ya otro relato.

Hemos escuchado como Larus, incluso desarmado, era temido por su destreza natural y potencia de sus brazos (que era membrudo, no delgado) y que luchaba —dato importante— con la segur, es decir la famosa bipenne, y temible (*barbárica* la llama el poeta). Vemos cómo, haciendo revolear el hacha, provoca el pánico ante sí y cómo los romanos huyen ante su ímpetu; cómo desvía con el hacha el dardo que le arroja Scipión (hermano del invencible general, dice el poeta) cómo, lanzando un grito que estremeció las filas de guerreros (de ambos bandos), golpeó con su bárbara arma (típica de su salvaje pueblo, según el poeta nos informa) el escudo de Scipión, golpe que atronó el campo. Cómo se ha defendido él solo, muertos ya sus jóvenes amigos, los adolescentes cántabros que

él condujo al combate, esgrimiendo su arma en todas direcciones y creando el vacío a su alrededor, derrotado ya el ejército cartaginés en cuyas filas formaba como mercenario. Al margen del estruendo de la batalla en que Larus y sus adolescentes cántabros siembran el terror en las filas romanas extraemos un dato fundamental para el antropólogo, *Laru* combate cuerpo a cuerpo (*miscebat*, se mezclaba en la pelea) con un arma típica de los indoeuropeos, el hacha bipenne arma predilecta de los cántabros. A diferencia notoria de los pueblos ibéricos españoles⁴ que prefieren combatir a distancia,

⁴ Un caso típico, los honderos baleares. Otro, de un pueblo de aspecto tan inequívocamente mediterráneo como los Vascones; Silio hablará del "Vasco levis" (X, 15), es decir ligero, liviano, no corpulento; como el resto de los iberos, evidentemente. Por ello no pueden portar defensas pesadas (*galeae contempto tegmine Vasco*, V-197, literalmente "con despreciable loriga") y por lo tanto no serían aptos para el choque, siendo su misión: —como la de todos los iberos en general— de infantería ligera, para exploración, hostilización y descubierta, mas no para el combate "mezclado", por su escasa corpulencia. Ni aún llevan casco (*nec tectus tempora Vasco*, IX-232) y, en general, no están habituados a la loriga (*insuetus galeae*, III-358). En suma un ibero más por su aspecto, armamento y forma de combatir. Como el resto de los iberos de aspecto grácil (*levis* dice Silio) y ligero, como los hoy andaluces y valencianos. De ahí sin duda que los romanos no los hayan diferenciado para nada del resto de los Iberos. En la Ribera navarra, cuna de su solar conocido, no fabulado, y en Huesca, de donde procede el nombre de su lengua, se conserva muy bien este antiguo tipo ibérico del mediterráneo grácil, *levis*.

Curiosamente, los oficiales franceses que dirigían la ocupación de Argelia en 1832 señalarán la ventaja de no caer en la trampa del combate de tiradores contra los bereberes. Aconsejando, por el contrario, la necesidad de llegar rápidamente al contacto —sin dejarse embeber en escaramuzas a distancia— con la certeza de que los ligeros Kabileños no resistirán el choque a la bayoneta. En la batalla de Mendigorría, en la primera guerra Carlista, el general Córdoba propugnaria precisamente —como norma del ejército cristiano— el rápido contacto con la bayoneta, sin distraerse con ninguna cobertura de fuego, donde sus tropas —cree él, y en efecto así sucedió— llevarían ventaja sobre los carlistas más proclives al combate "suelto" de tiradores. Debe recordarse que la mayoría del voluntariado carlista —no todo desde luego— procedía de zonas más o menos iberizadas y donde predomina el tipo "mediterráneo grácil", es decir el "vasco levis" de los escritores romanos.

La táctica de O'Donnell durante la expedición marroquí de 860 para todos los encuentros preliminares, y en la batalla final ante Tetuán, frente a los sin duda valerosos bereberes, será —intuitivamente o por lectura de los clásicos franceses de la guerra argelina— la de llegar inmediatamente al choque, con la certeza moral de que al enemigo repugna tal tipo de combate. Como en efecto así sucedió. Paradójicamente no son las armas que matan a distancia —las carabinas Bérdan de mil metros de alcance o la muy eficaz artillería de la época— las que darán el triunfo a los europeos sobre los afri-

con piedras o flechas, a enfrentarse cuerpo a cuerpo; al menos contra los romanos⁵. La lucha personal, homérica literalmente, que Larus mantiene manejando intrépidamente un arma de choque "occidental" como es el hacha segur, que, siglos más tarde, las sagas wikingas popularizarían, lo presenta como un héroe indoeuropeo —como Siegfried o Rodrigo—, no ibérico-mediterráneo, y siguiendo una trayectoria épica-homérica que, partiendo de Achiles y Héctor

canos-mediterráneos sino el coraje primitivo de la embestida con el arma blanca y la certeza —implícita— de la superioridad moral en el choque y física en la esgrima.

Como es sabido este tipo de táctica, tendiente a la acción resolutiva, seguirá siendo recomendada y utilizada, al menos desde la acción de Alhucemas y campaña subsecuente, por las tropas de choque españolas, hasta la pacificación final del territorio. Igualmente por las tropas de *élite* francesas —coronando una tradición táctica en tierras africanas de más de siglo y medio— en su última campaña argelina. Sobre el tema hay saturación bibliográfica, incluso de carácter anecdótico y novelístico.

⁵ No el dardo o jabalina en cambio (del tipo que los romanos adoptaron de los *hispani* llamándolo *pilum*) que es una pica ligera que los campeones se arrojan antes de embestirse con la espada, o con el hacha, como es el caso. En la *Illiada* los héroes homéricos se arrojan sus picas antes de encontrarse cuerpo a cuerpo con la espada. Por eso los cántabros sí llevan dardos y no arco y flechas como los Partos, por ejemplo) que, obviamente, se arrojan desde corta distancia. También se induce —a la vista de los versos antepuestos— que los cántabros manejaban la segur con facilidad y sabían arrojarla con terrible precisión a juzgar por el consiguiente respeto y temor mostrados por tropas tan aguerridas como las romanas ante tal arma y sus portadores. Es la flecha o la piedra quienes hieren insidiosamente, incluso pueden ser disparadas —con total resguardo del tirador— desde alturas o refugios. No así el dardo, cuyo lanzamiento preludia de cerca el combate con el arma empuñada. (*Spicula densus, provisto de dardos dirá el propio Silio de un cántabro, X-151*). O de su preeminencia entre todos los guerreros "Cantaber ante años. . .", IX-231). Terminamos estas reflexiones a vuelo pluma sobre el heroico y pequeño pueblo que tuvo a raya al poderío reunido de la Roma cenital y obligó al propio Caesar Augustus a combatir en las montañas santanderinas, con unos versos del mismo Silio cuyo comentario huelga.

*Prodiga gens animae et properare facillima mortem
Namque ubi transcendit florentis viribus annos,
Impatiens aevi spernit novisse senectam,
Et fati modus in dextra est.*

(1-225)

"Estirpe de generoso ánimo y fácilmente inclinada a apresurarse la muerte, pues cuando han transcurrido los florecientes años del apogeo de la fuerza viril, incapaz de soportar la vejez, rehusa conocerla, y el modo de su destino en su diestra está."

y pasando por Hagen de Trónrige, Rolando, el Cid o Bayart, llegará hasta la añoranza cervantina. Será Don Quijote el último "hombre de armas" occidental que añore el no menos occidental combate cuerpo a cuerpo y denigre la distancia, salvaguardia del menos animoso. En esta línea de héroes homéricos cuya virtud se ostenta en el manejo de las armas que obligan (o permiten) ver "el fondo de los ojos del enemigo" —como dice la *saga*— se encarna, por pleno derecho, nuestro fortísimo paisano de, como diría Platón, corazón de león, Larus, el Cántabro.

MANUEL F. ESCALANTE